

HIJOS DEL PUEBLO – Obra teatral de Rodolfo González Pacheco

Con la esperanza que nos brinda la conciencia histórica, revivimos hoy esta pieza teatral que retrata los dramas de un pueblo cuando encara su destino con pretensiones revolucionarias, y lo hacemos en una fecha muy especial, la semana de solidaridad con lxs prexs anarquistas convocada del 23 al 30 de agosto en memoria del asesinato de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. En esta obra del compañero González Pacheco, uno de sus personajes sale de la cárcel de Ushuaia tras 20 años de encierro, pena aproximativa con que el estado argentino castigó al bondadoso Simón Radowitsky. Otro personaje “cae” preso en la ciudad de Bahía Blanca, localidad donde nuestra Sociedad de Resistencia se yergue en la actualidad. La transcripción de esta obra para esta semana de solidaridad mundial queremos dedicarla en especial a la libertad de Tamara Sol Farías Vergara, a lxs anarquistas secuestradxs por el genocida estado de Turquía y a todxs lxs revolucionarixs, anarquistas o no, que encarnizadamente batallan por conquistar el sueño de una humanidad humana.

Sociedad de Resistencia de Bahía Blanca

F.O.R.A. – A.I.T.

HIJOS DEL PUEBLO

Estrenada el 29 de junio de 1921, por la Compañía Rioplatense (Camiña) en el TEATRO BOEDO.

PERSONAJES

MARÍA	RAMÓN
MECHA	GABRIEL

CLAUDIO VECINA
COMPAÑERO

ACTO ÚNICO

Una habitación en casa de inquilinos. Es sala de recibo, comedor y biblioteca; de todo un poco y nada completamente. Hay una mesa con carpeta al centro, con un servicio de mate arriba. Un sillón de mimbre junto a una máquina de cose. Sobre lateral izquierda, una estantería rústica, henchida de tomos sin encuadernar; sobre el fondo, una cómoda con un espejo de pie encima; una polvera, almohadilla de pinches, caja de cintas y de hilos, chuherías. Sobre lateral derecha, un baúl con herramientas. Sillas, perchas, oleografías. Balcón a la calle, puerta al interior; al foro, pasillo, por el que se ve otra sala en igual disposición.

María sobre lateral izquierda; tiene la puerta entornada y llama a media voz, adentro.

MARÍA.- Ven... Sí, hijita; ¡ven!

MECHA.- ¿Eh?... *(Aparece andando en puntillas.)* ¿Qué hay?... *(En el mismo tono bajo.)*

MARÍA.- *(Indicando el cuarto)* ¿Duerme?

MECHA.- Profundamente.

MARÍA.- *(Sentándose.)* Siéntate.

MECHA.- *(Extrañada.)* ¿Yo?... ¡Oh! ¿Qué hay, mamá?

MARÍA.- ¿Has visto, qué concluido, que enfermo ha vuelto?...

MECHA.- *(Sentándose.)* Sí, pobrecito; bien concluido. Parece otro; casi un viejo.

MARÍA.- Anoche, mientras tú dormías, hemos hablado mucho...

MECHA.- ¿Sí?...¿De qué?

MARÍA.- Me ha prometido dejar todas esas cosas. Reportarse. Ser un hombre de su casa.

MECHA.- (*Incrédula, acariciándola con la vista*). ¿Y usted ha creído?

MARÍA.- ¿Y por qué no?... Tengo que creer. Viene cansado, enfermo... Y a más, me lo ha jurado llorando. (*Próxima también al llanto.*) Sí; lloraba.

MECHA.- ¡Ah, bueno! Mejor, entonces, mamita.

MARÍA.- Sí, de él estoy bien segura...Pero, no es de él sólo que quería hablarte...(*Mira a la puerta de Claudio.*) ¿Duerme?

MECHA.- Sí, duerme, duerme.

MARÍA.- Es de Ramón, de tu novio...

MECHA.- ¡ Ah !

MARÍA.- Sí, de Ramón. Tú sabes que sus ideas son las de Claudio... (*Mecha asiente.*) Y dónde llevan esas ideas... también lo sabes.

MECHA.- Sí, sé.

MARÍA.- Sí, sabes... Junta, conmigo, has recorrido todo el calvario de mi hijo. (*Pequeña pausa.*) ¡ Ah, Señor! (*Suspira.*) Tal vez en el fondo de tantas penas, ellos encuentren algún poco de placer... Pero lo que es nosotras... (*La busca con la mirada, turbia de lágrimas, como si la tanteara en la sombra.*) ¡ Cuánto hemos sufrido, hijita!

MECHA.- Sí, sí; pero de Ramón, ¿ qué me quería decir?

MARÍA.- (*Retomándose.*) ¡ Ah, sí! Es preciso que Ramón deje también esas cosas. Como Claudio. Y si no...

MECHA.- Y, si no, ¿ qué?... (*Nerviosa.*)

MARÍA.- (*Enérgica.*) ¡ Tú le dejas!

MECHA.- ¡ Oh, mamá! ¡ Pero si yo le quiero!

MARÍA.- ¡ Chist!... (*Mira a la puerta del cuarto, alarmada.*) ¡ No hables tan fuerte!... Ya sé que le quieres, que le quieres mucho... Por eso mismo; por ti, por él... ¿ No comprendes? ... Yo no quiero que tu renueves mi vida de sufrimientos. Mis penas parece que al fin van a terminar; Claudio me ha prometido... Pero, si el dolor que a mí me deja, te salta a ti...

MECHA.- Sí, sí; comprendo... Pero, ¿ cómo hago?... Yo no sé. Usted sabe que las ideas son para ellos más que todo. (*Desesperada.*) ¡ Más que el amor también! ¿ Qué voy a hacer yo, mamita?

MARÍA.- (*Sorda de energía.*) ¡ Luchar, resistir, vencer! Y sobre todo, pensar en mí, en ti, en lo que hemos padecido juntas. (*Mecha ha echado la cara en las manos; ella va y la acaricia.*) ¡ Hijita mía ! Ya tengo a mi hijo, a mi Claudio para mí; que no vayas tú, ahora que él viene, a írteme.

MECHA.- ¡ Oh, no! Irme, no; ¡ nunca !

MARÍA.- ¡ Irte, sí! Si no luchas, si no vences, tendrás que irte tras él; seguirle de prisión en prisión, de sombra en sombra...

MECHA.- (*Aterrada.*) ¡ Oh!

MARÍA.- Pero, lucharás, ¿ verdad? ¡ Y venceremos! (*Se oye ruido de pasos en el zaguán y luego un batir de manos.*) ¡ Chist! ¡ Chist!...

(*No atina cómo hacer silencio. Mecha hace mutis por lat. izq. ; María cierra la puerta tras ella y va al foro a ver. Se asoma hacia el zaguán, nerviosa.*)

¿ Qué?... ¡ No está! ... Sí, pero no está. Ha salido.

COMPAÑERO.- (*Trae un diario en la mano; es un obrero, maduro de años.*) ¡ Caramba! (*Se planta frente a ella.*) Yo que creí madrugarle, pillarlo en cama descansando de las fatigas del viaje...¿ Llegó bien?...

MARÍA.- Sí, sí, bien. (*Le ataja el paso, pues el hombre fluye cordialidad, claros deseos de pasar y quedarse.*) Ahora ha salido; no está.

COMPAÑERO.- Es un contratiempo... (*Vacila, se rasca la frente, al fin sonríe.*) Soy un amigo, ¡eh! Un compañero...

MARÍA.- Será; pero él ha salido.

COMPAÑERO.- Bueno, lo siento. Adiós, entonces... (*Gira para irse; la vieja va a respirar satisfecha, cuando él se vuelve de nuevo.*) ¿Usted es la mamá de Claudio, señora?...

MARÍA.- (*Ya molesta.*) Sí, soy su mamá. ¿Y qué?

COMPAÑERO.- Entonces le dejo el diario. Aquí hablan de él; lo saludan a su hijito. (*Lo desdobra, señala un punto y se lo entrega.*) Aquí: "Claudio Méndez; su regreso de Ushuaia". ¿Ve?... ¿Puede leer?... (*Se entra hasta mitad de la escena.*) ¿Quiere que yo?...

MARÍA.- (*Tomando el diario, desarmada por la atención.*) No, hijo, no, gracias. Leeré después; ahora estoy muy ocupada. (*Simula que va a hacer algo.*) No tengo tiempo...

COMPAÑERO.- Sí, sí; la dejo. La dejo sola. (*Medio mutis, con intención.*) Sola con su hijo...

MARÍA.- ¿Cómo?... ¿Qué quiere decir?...

COMPAÑERO.- (*Desde la puerta.*) Quiero decir que yo también tengo madre, pues. (*Riendo francamente*) Y que cuando estoy con ella, tampoco estoy para nadie en casa. Ella, lo mismo que usted, no quiere que el hijo de sus entrañas sea también hijo del pueblo. Son todas iguales, ustedes. ¡todas iguales!

MARÍA.- (*Indignada.*) ¡Pero, si no está, le digo! ¿Qué quiere?...

COMPAÑERO.- Sí, sí; pero, cuando esté, le dice que vine yo, un compañero de los metalúrgicos, a buscarle. Que hay una asamblea del gremio muy importante. Está aquí cerca el local, a las dos cuerdas... (*Señala y va a irse, cuando se precipita en la escena, casi llevándose por delante, Gabriel.*)

GABRIEL.- (*Tipo bohemio, sonámbulo, con melena a toda orquesta.*) ¡Doña María! (*Separa al otro y toma la mano de la vieja entre las dos suyas.*) ¡La felicito por el retorno de Claudio! ¿Dónde está?...

MARÍA.- (*Con la vista en el Compañero.*) Salió, Gabriel. Ha salido.

GABRIEL.- ¡Ay, qué broma! Y yo que me pasé sin dormir la noche, para cazarlo. ¿Adónde ha ido?

COMPAÑERO.- ¿Deseaba mucho verlo?...

GABRIEL.- (*Volviéndose a él extrañado.*) ¡Claro que sí!

COMPAÑERO.- Entonces, de aquí un momento (*mira a María*), ¿verdad, señora?, váyase por el local de los metalúrgicos. Allí estaremos.

GABRIEL.- ¿Los metalúrgicos?... (*Mira a los dos.*) ¿Y qué tengo yo que hacer en los metalúrgicos?... Le espero aquí.

MARÍA.- Allá no iré. (*Con rabia.*) ¡Aquí es su casa!

GABRIEL.- ¡Claro!

COMPAÑERO.- (*Imperturbable.*) Aquí está su corazón, con su viejecita, sí; pero sus compañeros están allá. Como también los suyos. Vaya, no más.

GABRIEL.- ¿Mis compañeros?... ¡Pero, amigo!. ¡Usted me está confundiendo!... ¿Por quién me toma?... Yo...

COMPAÑERO.- (*Se entra y lo encara, como si sermonara a un chico.*) Usted...¿qué?... Usted es artista, hace versos?... ¡Bueno! Y nosotros los cantamos. Es con los versos de ustedes entre los labios que vamos al porvenir. (*Ríe a todo trapo y le echa una mano, como una maza, al hombro.*) ¡Recontra! No fue un herrero el que forjó a martillazos ese himno que hoy rueda incendiando el mundo: “Hijos del pueblo, te oprimen cadenas”... ¿No lo oyó nunca?

MARÍA.- (*Mirando alarmada a la puerta de Claudio.*) ¡Oh, por favor! ¡No grite!

GABRIEL.- (*Riendo, también, superior.*) Hijos del pueblo, ¿eh?... ¡Pero eso no es arte, ni cerca, amigo! Eso no es nada más que ruido para echar gente a la calle. El arte es todo lo contrario; no tiene nada que hacer con la muchedumbre; necesita de su torre, su retiro... Mire (*sacando de su bolsillo un tomo*), a propósito: para probarle lo que es poesía pura...

MARÍA.- *(Cada vez más alarmada.)* ¡Chist! ¡Cállese usted también! *(Va a la puerta de Claudio y escucha.)*

COMPAÑERO.- ¡Eh, no! No piense en leer. *(Señala a María.)* ¿No se da cuenta?... Estamos de más los dos. Venga al local, si quiere. Hoy hay asamblea del gremio; resolveremos si vamos, o no, a tomar posesión de los talleres...

GABRIEL.- ¿Y a mí qué?... ¿Qué tengo que hacer yo allá?...

COMPAÑERO.- Allá va a ver que es más lindo forjar el verso y cantarlo en medio de la tormenta; alzar la torre, no en el retiro, sino entre la tempestad, mientras el andamio cruje y baila sobre el vacío, y el viento, como un compañero loco, nos alborota las greñas y hace chasquear nuestras blusas como banderas. Venga al local... *(Se va.)*

GABRIEL.- ¡Oh, qué tipo! *(A María)* ¿Y quién es éste?

MARÍA.- ¡Qué sé yo! Un compañero de Claudio. Creí que no se iba más.

GABRIEL.- ¡Ah, pero ésta la vamos a discutir. Faltaría, ahora. *(A María, convincente, ingenuo.)* Lo peor que no deja hablar; ¿lo vió?... Se viene como si revoleara un martillo. ¡Ah, pero yo lo sigo, lo alcanzo... *(medio mutis)* y aunque me pegue!... *(Se vuelve)* Claudio duerme, ¿no?... Claro, estará cansado. Ya vuelvo, doña María. *(Sale diciendo.)* ¡Me va a enseñar lo que es arte a mí!

MARÍA.- *(Siguiéndolo.)* ¡No! si no... *(Gabriel desaparece sin oírla; ella estalla.)* ¡Ha salido Claudio; no está! *(Se vuelve para penetrar lateral izquierda; al abrir la puerta se encuentra el diario en la mano.)* ¡Ah! *(Se maravilla como de un regalo.)* ¡Aquí hablan de él!... *(Va a la mesa, saca del bolsillo del delantal los lentes, se los cala y empieza a leer):* “Claudio Méndez”...

VECINA.- *(Por el foro.)* ¡Qué temprano la visitan hoy, doña María! Bien se ve que él está en casa...

MARÍA.- (*Suelta el diario y le intercepta el paso.*) ¡No, no! ¡No está! ¡Mi hijo ha salido!

VECINA.- (*Que ve aparecer a Claudio, lateral izquierda.*) ¿Ha salido?...
(*Abre la boca para protestar, pero vuelve a cerrarla en una buena sonrisa de comprensión.*) Pero, si ahí está, doña María. Ahí viene... (*Vase riendo.*)

CLAUDIO.- (*Ve a su madre, la toma de los hombros y le besa la cara.*) ¿Con que mintiendo, mi vieja? ¿Engañando gente?...

MARÍA.- (*Pillada en falta, se guarece en su pecho, vergonzosa.*) Pero, es que ya empiezan, hijo. Apenas abrí la puerta, vino en tu busca un hombre. Un compañero...

CLAUDIO.- ¿Un compañero?...

MARÍA.- Luego Gabriel, también.

CLAUDIO.- Me hubiera llamado, pues. (*Serio.*) ¡Caray, mamá! ¿A qué negarme?... (*La deja, va a la mesa y ve el periódico.*) ¿Y esto?...

MARÍA.- Lo dejó ése... Dijo que hablaban de ti.

CLAUDIO.- (*Tomándolo.*) ¿De mí?... ¡Ah, pero, si es “El Libertario”!
(*Entusiasta.*) ¡Qué lindo está; nutridito de doctrina; bien impreso! (*Lo recorre en sus cuatro paginitas; María lo observa inquieta.*) Me hubiera llamado, sí. ¿Y qué dijo, qué quería?...

MARÍA.- ¿Gabriel?... Gabriel va a volver.

CLAUDIO.- ¡No! (*Exaltado*) ¡Qué Gabriel! ¡El otro; el compañero!

MARÍA.- (*Medio mutis lateral izquierda.*) Verte, quería... Y que fueras al local.

CLAUDIO.- (*Abandonando el periódico, para sí.*) “El Libertario”... Aquí apareció el artículo por el que me condenaron; aquí saludan mi vuelta... Yo caí, pero otros siguieron... (*A la madre, que ya está en la puerta.*) Mamá: no debe negarme a nadie. Eso está mal.

MARÍA.- (*Sentida.*) Muy bien, hijito; no lo haré más; perdóname.

CLAUDIO.- (*Viéndola a punto de irse.*) ¡Eh, pero no! ¡No se vaya! (*Va a ella y la atrae.*) Cuando digo que está mal...

MARÍA.- Sí, hijito, sí; está mal. No lo haré más. (*Desasiéndose de Claudio.*) Pero, también está mal hacerle creer a tu madre en una felicidad que ya no esperaba...

CLAUDIO.- ¡ Hombre! ¡ Vaya! No tome en drama la cosa. ¡ Viejita linda! ¿ Qué le dije anoche?... ¿ Ya se olvidó?...

MARÍA.- No me olvidé, no. Me dijiste que ibas a dejarlo todo, ¡ todo! Que serías mi hijo, mío; mío nada más. Eso dijiste, Claudio. (*Mirándole a los ojos.*) Que dejarías las ideas, los diarios, los compañeros: todo eso, en fin, que desde que fuiste hombre, te arrancó a mis brazos (*besándolo*), a mis besos.

CLAUDIO.- ¡ Ah, no, no! ¡ Que dejaría las ideas, no; eso no! ¡ Que dejaría la lucha, sí; eso sí! Y estoy resuelto a cumplirlo...

MARÍA.- (*Desencantada.*) Pero, no dejarás nada, nada... ¡ Ya te veo! Con la sola noticia de que vino un compañero, has cambiado hasta de gestos. ¡ Si te conoceré!

CLAUDIO.- (*Nervioso.*) ¡ Pero, mamita, mamita! Lo dicho, dicho está. No iré con ellos, no escribiré más periódicos, no subiré a las tribunas más. Pero recluirme, negarme, esconderme... ¡ Eso es ridículo! ¿ No comprende?...

MARÍA.- ¡ Si te conoceré!

CLAUDIO.- (*Pasea sin oírla.*) ¡ Mis compañeros! Son mis hermanos, mis compañeros. ¡ Pobrecitos! Enterados de mi vuelta del presidio, vienen aquí a saludarme. A decirme que mientras yo estuve preso, inmóvil entre la nieve, ellos siguieron luchando, desparramando la luz, peleando por la verdad. Vienen a contarme sueños, ilusiones, aventuras ideales. (*Se vuelve a la madre y le toma la cara.*) Y para este hijito suyo, tan débil y tan vencido, eso es como para un niño un cuento de hadas. (*Implorante.*) Déjemelos...

MARÍA.- (*Sacudiendo la cabeza.*) Sí, sí. Así has empezado siempre. Después de cada prisión, de cada fracaso, así has empezado siempre: primero es el compañero, en seguida es la asamblea, luego es la huelga... Y al final (*suspira*), tú, a la cárcel; nosotras, al abandono; tú, a sufrir, y yo... (*Llorando mansamente.*) ¡ Deberías tenerme lástima, hijito!...

CLAUDIO.- (*Consolándola.*) ¡ Bueno, bueno! No se ponga así; serénese, mamá. Créame esta vez, una vez más, la última vez. Ya le he dicho que esta resolución de dejarlo todo y vivir solamente para usted, no es siquiera la voluntad que me la dicta. Es el cansancio. Sí: tengo las ideas cansadas, las alas entumecidas. Como si hubiera cruzado una montaña de hielo bajo una lluvia de nieve; ¿ comprende?...

(*María mueve la cabeza con resignación. Claudio la deja y pasea monologuando.*)

Y ellos, ¿ qué podrán decirme? Yo ya di todo lo que tenía de audaz y fuerte a la causa; con el poco de cariño y bondad que me restan, haré feliz a mi pobre vieja. (*Se refriega las manos, contento de la solución.*) A fin de cuentas, también esto es un ideal...

MARÍA.- (*Levantándose para irse.*) Ojalá nunca hubieras conocido otro... No por mí, que las madres somos para sufrir...

CLAUDIO.- ¿ Sabe?... (*La vieja se vuelve.*) Volveré al oficio. Tengo unos deseos locos de empuñar las herramientas. Soñaba allá con ellas. (*Se dirige al baúl, lo abre y las revuelve.*) Soñaba forjarle un balcón a Mecha; un balcón de flores de hierro con remaches de bronce; así, cuando hablara con su novio, las palabras de amor de él, llegarían a su pecho impregnadas de mí, con un timbre de cosa eterna, de cosa fiel. Pensaba, también, que su pobre máquina tendría las piezas rotas, gastadas, viejas, y que yo las compondría; para que cuando cosiera usted, ellas cantaran bajo sus manos un solo nombre: ¡ Claudio! ¡ Claudio!... ¡ Soñaba tanto! (*Toma y alza una tenaza, se acerca a la madre y la estrecha.*) ¡ Viejita mía! Una noche de mucho frío, que me dormí de pie, en penitencia, bajo la nieve, soñé que usted era la Santa María; ¡ no la virgen, eh!, la madre, la que engendró al Cristo hombre, la proletaria. La veía llorando, gimiendo por el calvario de su hijo, con el corazón traspasado por los siete puñales. Y yo...

yo era como una tenaza, una fuerte tenaza morena, que pasaba las rejas y volaba, volaba abierta hacia usted a arrancarle, una a una, las espinas de hierro: ¡ le arrancaba las penas!

MARÍA.- (*Enternecida.*) ¡ Cállate, hijito!

CLAUDIO.- Sí, sí, me callo. Lo que se habla, no se hace, generalmente. (*Vuelve a su caja.*) Y aquí hay que hacer; mucho que hacer. Estamos de acuerdo, ¿ no?... (*Ella asiente con la cabeza.*) Ya verá qué cambio fundamental. Ponga su pensamiento en su más hermoso sueño: ¡ como me soñó, seré! ¡ Esto es pensado, sentido, resuelto! (*Se yergue, sacude los brazos, espanta a manotones su pasado.*) ¡ A trabajar!

MECHA.- (*Que ha oído la última exclamación de Claudio, por lateral izquierda.*) Sí, sí, que es tarde, mamá. Mi desayuno y me voy. (*Cruza a arreglarse frente al espejo.*)

MARÍA.- En seguida, hijita. (*Se dispone a ir.*)

CLAUDIO.- ¿ Qué?... ¡ No! ¡ Yo, a trabajar! ¡ Tú, te quedas! (*Mecha se vuelve asombrada.*) ¡ Eh, las cosas han cambiado mucho, mi querida !

MECHA.- (*A María.*) ¿ Qué dice éste?...

CLAUDIO.- ¿ Te maravilla?... Pues, sí; esta casa ahora es “mi” casa. Ustedes son “mis” dos amas; y yo soy el que trabaja, proveo y guardo “mi” nido.

MARÍA.- Bueno, pero que vaya hoy, al menos. Dejar así, plantar así, no está bien.

CLAUDIO.- ¡ Que plante! Déjeme a mí. Ven, Mecha (*ésta se acerca*) ; mira a la vieja, nuestra viejita. ¿ Crees tú que ella soñó con un hijo presidiario y una hija que se la explotaran?...

MECHA.- No creas, Claudio. Yo gano bien. No me explotan.

MARÍA.- Gracias a ella...

CLAUDIO.- (*A Mecha.*) Tú, cállate. Explotan tu juventud, te roban a tu balcón, te secuestran a tu madre. Te explotan, ¡ y cállate! Mire a mi hermana, mamá: fresca y tierna, parece tallada en pétalos. ¿ Y esta florcita

de vida va a trabajar?... ¡ No, señoras! En cambio, mírenme a mí; fuerte, curtido, un varón cabal. (*Las une y trata de apartarlas.*) Podría tomarlas entre mis brazos y llevarlas por el mundo sin que una gota de fango me salpique. Como a dos nenas, como a dos hijitas. (*Empujando al foro a Mecha.*) Vaya, vaya a telefonear a su taller o su fábrica, que hoy no va, que hoy se queda con su hermano... o con su novio.

MECHA.- (*A la madre, ingenua.*) ¿ Vino Ramón?...

CLAUDIO.- (*Maravillado.*) ¡ Ah, sí! ¿ Con que es Ramón? ¿ Era mi hermano?... ¡ Paisano pícaro! (*Mecha sale riendo.*) ¡ Y no me habían dicho nada! ¿ Cómo ha sido eso, mamá?...

MARÍA.- Yo lo he sabido hace poco. Tú sabes que estas cosas, las muchachas...

VECINA.- (*Visible al foro, dirigiéndose al zaguán.*) No está, No, señor; ¡ no ha vuelto!

(*María se sobresalta; va a la puerta, quisiera hacer ruido para que Claudio no oyera.*)

CLAUDIO.- (*Solo, contento.*) ¡ Paisano diablo! Se me ha metido de un brinco en el corazón. ¡ Bandido!

VECINA.- (*Oficiosa a María.*) Era el de hoy, doña María. Dice que él no es un señor. (*Riendo a Claudio.*) Que es un compañero... Lo despaché.

CLAUDIO.- (*Violento.*) ¿ Qué?... ¡ Pero, señora, no! ¡ No, pues! (*Corriendo al foro.*) ¡ Si estoy aquí! ¿ Por qué me niegan?... No ve que es... (*Sale al zaguán, gritando.*) ¡ Compañero! ¡ Venga; estoy aquí !

VECINA.- (*A María.*) ¡ Qué bárro he hecho! Yo, como hoy usted... Creí hacer bien... Perdone. (*Mutis.*)

CLAUDIO.- (*Volviendo.*) ¡ Y se fue otra vez, mamá ! (*Se lo grita como una acusación.*) ¿ Por qué me niegan?... (*Busca en la percha el sombrero, que no encuentra.*) ¡ Mi sombrero, pronto! (*Entra lateral izquierda, seguido de María; la escena queda sola.*)

(*Pausa*)

RAMÓN.- (*Viste breech, botas de montar, pañuelo al cuello y sombrero amplio; entra como a su casa; mira a su alrededor.*) ¿ Taperas?... (*Va a la mesa, registra el mate, la yerba, la pava y prende el calentador.*) Bueno: ya que invitan, tomaremos... (*Silba, feliz, como si hubiera venido sólo a eso; va a volcar el mate, cuando aparecen Claudio y María; los ve.*) ¡ Oigalé!

CLAUDIO.- ¡ Ramón! ¡ Paisano!

RAMÓN.- ¡ Hermano! (*Se abrazan.*) ¡ Mi hermano viejo! ¿ Cómo te ha ido?... ¿ Llegaste bien?...

CLAUDIO.- Bien, ya me ves. ¿ Y tú?

RAMÓN.- Sobre el caballo, no más. (*Se desprende de Claudio y va a María y la besa.*) Es un encargo y perdone. De mi vieja, pa la mamá de mi amigo...

MARÍA.- Gracias, gracias. ¿ Está bien su mamá ?

CLAUDIO.- ¿ Vienes de tu casa, ahora ?

RAMÓN.- De mi rancho, sí. (*A María.*) ¡ Buena, fuerte siempre, mi vieja gaucha ! Ya está así (*hace ademán de chiquitez con la mano*) ; cabe en mi poncho. ¡ Uff, en mi pañuelo también ! Cualquier día me la echo al seno y se las traigo pa que la vean... Pero... siéntense. (*Dispone sillas.*) ¡ Con confianza, hombre !

CLAUDIO.- (*Sonríe.*) N, siéntate, tú; yo voy y vuelvo...

RAMÓN.- (*Que ya se ha sentado, se para.*) ¿ Adónde?... Vamos juntos, si querés.

CLAUDIO.- Vamos; es al local, aquí cerca. Ya ha estado dos veces un compañero a buscarme.

RAMÓN.- (*Suspenso.*) ¿ Ah, sí?... (*Volviendo a sentarse.*) Entonces, vamos después; primero tomemos mate. (*Lo toma para volcarlo.*)

CLAUDIO.- No; es que han venido a buscarme.

RAMÓN.- ¿ Y de áhi?... Ya iremos; tomamos un verde y vamos. Oh, si vas a empezar así, no te va a quedar tiempo ni para rascarte. ¡ El local, los

compañeros! Aura toda la república es una sola asamblea. Al ancho, al largo, entre las peñas y entre los trigales, ruge y flamea la protesta. Sentáte.

(*Claudio se sienta. María trae una jarra de agua y una servileta, que deja sobre la mesa.*)

MARÍA.- (*Alarmada.*) ¡ No, Ramón! ¡ Ahí no! Déme...

RAMÓN.- Ya está ; es lo mismo. (*Viendo a la vieja que corre a buscar la escoba.*) Qué doña María ésta; tan aseadita, la pobre. (*Claudio sonríe, él echa yerba al mate, lo ceba y le da.*) Un amargo, hermano... Y, como te iba diciendo, mi idea era estar ayer en el puerto pa recibirte a ponchazos por la cabeza.

CLAUDIO.- ¡ Hombre!

RAMÓN.- Sí, pues: pa que olieras viento de libertá, te iba a sacudir como con una bandera de cielo y pampa por los hocicos.

CLAUDIO.- (*Volviéndole el mate.*) Está bueno.

RAMÓN.- Cuando tuve la noticia de tu salida de Ushuaia, le pegué para Bahía. Quería embarcarme anteanoche para estar ayer de mañana en el portalón del barco con el poncho listo.

(*María entra, barre y se va.*)

Pero a Bahía caí igual que peludo a un baile. Me achuraron.

CLAUDIO.- Ah, ¿ sí?... ¿ Qué pasó?...

RAMÓN.- Nada. Había función y conferencia en un teatro. Me enteré y fui. Me bajaron en la uña; no tenían orador y empezaron a amolarme: “¡ Qué hable! ¡ Qué hable !” (*Ceba el mate.*) Hablé...

CLAUDIO.- ¿ Y ?...

RAMÓN.- Y a la salida me metieron preso.

CLAUDIO.- Pero, ¿ por qué?...

RAMÓN.- Sería pa conocerme. Pasé la noche, me prontuaron y chao. Me vino bien ; precisamente, Bahía era de los pocos pueblos del que no conocía los calabozos...

CLAUDIO.- (*Parándose.*) Menos mal, entonces... Pero, me voy; tú te quedas.

RAMÓN.- (*Que ha sorbido el mate, lo escupe indignado.*) ¡ Pero, amigo ¡ Si hasta parece mentira. ¡ Puaff!

CLAUDIO.- ¿ Qué hay?... ¿ Qué te pasa?...

RAMÓN.- La yerba, pues. ¡ Mire qué yerba se gasta !

CLAUDIO.- (*Medio mutis, foro.*) Ah, yo no sé. (*Riendo.*) De esas cosas yo no sé. Quejáte a Mecha. (*Viéndola entrar.*) ¡ Ahí la tienes !

RAMÓN.- ¡ Mecha !

(*Mecha se planta muda en mitad de la escena.*)

CLAUDIO.- (*Entre los dos.*) ¡ Mecha, sí! ¡ Paisano pícaro! (*Le acaricia la mejilla dulcemente a Mecha.*) ¡ Muchacha pícara! (*Los empuja uno a otra y sale.*)

RAMÓN.- (*Cariacontecido.*) ¡ Oh!... ¿ Qué hay?... ¿ Qué quiso decir?...

MECHA.- (*Alza los hombros significando “no sé”.*)

RAMÓN.- ¿ Lo sabe todo, entonces?... ¿ Usted?...

MECHA.- (*Protesta con la cabeza “no”.*)

RAMÓN.- (*Resuelto.*) Y total: ¡ bueno! Había de saberlo un día. Sólo que... así... de pronto... (*Riendo francamente.*) ¡ Loco grande, nuestro hermano! Nos tiró al alma; de revés y de derecha. ¡ Zas, tras! (*Acción.*) Y quedamos con nuestro secreto al aire como un relicario abierto. (*Acercándose a estrecharla.*) Aura ya no hay más que hablar... venga, pues: ¡ venga! Tapemos entre los dos, cobijemos este amor que ese salvaje nos desnudó de un golpe... ¿ Me sigue queriendo un poco? ¿ Un poquito mucho más que la última vez?

MECHA.- (*Se deja hacer y afirma con la cabeza: "sí".*)

RAMÓN.- (*Insistente.*) ¿ Quiere a su gaucho matrero, a su revolucionario?... ¡ Conteste, pues! ¡ Hable! Cante para mí solo.

MECHA.- (*Cierra los ojos y los abre con un destello de rápida y violenta determinación.*) ¡ No; no le quiero, Ramón!

RAMÓN.- ¿ Qué ha dicho, Mecha? (*Se le caen los brazos.*) ¿ Que no me quiere?...

MECHA.- ¡ Sí; que no le quiero, he dicho! ¡ Que no le quiero revolucionario!

RAMÓN.- Pero... entonces...

MECHA.- Yo había soñado el amor como una liberación, no como una pena más.

RAMÓN.- ¿ Pena?... ¿ Por qué?...

MECHA.- La dulce esperanza de ser amada, querida, dormía en mi corazón como una flor o un canto...

RAMÓN.- ¿ Y?... (*Ansioso.*)

MECHA.- Y usted pretende que la flor se cierre, que el canto se me deshaga en lágrimas... ¡ Ah, pero, no! ¡ No le quiero revolucionario!

RAMÓN.- ¿ Y cómo me querría, entonces?...

MECHA.- ¿ Cómo?... Como la mayoría de los hombres; para el hogar, para la paz. ¡ Qué sé yo!

RAMÓN.- (*Con encono.*) ¿ Milico, tal vez? Está bueno. ¿ Y es Mecha Méndez la que habla; es la hermana de mi hermano?... La que conocí en los centros, en las reuniones, en los motines del pueblo... ¡ Caray!

MECHA.- Sí, sí; ésa. La misma, Ramón.

RAMÓN.- (*Sarcástico.*) La que cantaba en los coros de las funciones los más bravos cantos nuestros. La que creció prendida al cuello de Claudio, oyendo latir su corazón guapo... ¡ Mecha Méndez!

MECHA.- (*Acosada.*) Sí, sí, Ramón: ¡Mecha Méndez! Mecha Méndez, que vivió fingiendo valor 20 años -¡ óigame bien!- fingiendo valor 20 años, le dice ahora a su novio que no le quiere revolucionario. (*Cierra los ojos y se estremece llorando.*) ¡ Que tiene miedo!

RAMÓN.- ¿ Miedo?... ¿ Miedo de qué?...

MECHA.- (*Se sienta vencida.*) De su vida, de su destino, de sus ideas...

RAMÓN.- (*Se sienta también y murmura sin encono ya.*) ¡ Ah, caray! Mi destino, mis ideas... Está bueno. Yo no sé, entonces... Yo sólo sé que cuando una mujer quiere de veras a un hombre, lo primero es la adhesión: seguirlo al destierro, seguirlo a la cárcel, seguirlo a la cruz... ¡ Eso es amor!

MECHA.- (*Se yergue vibrante.*) Bien; bueno. ¡ Le seguiré! Y le seguiré temblando, como he seguido a mamá tras de mi hermano; como he seguido a mi hermano, tras su ideal... Pero de aquel amor, del amor que yo soñé, no hablemos más. ¡ Nunca más! (*Se oyen batir las manos en el zaguán; Mecha se seca el llanto y va a salir.*)

RAMÓN.- (*Incorporándose.*) No, no salga así: voy yo. (*Se asoma y habla a voces.*) ¿ Claudio Méndez?... ¡ No, no está! (*Escucha y sigue.*) ¡ Ajá! ¡ Caray ! ¡ Está brava la cosa, entonces! (*Escucha de nuevo.*) ¡ Ajá! ¡ Mejor, pues! ¡ Sí, sí! Ya deben estar allí Claudio! Vaya, no más. Ya lo alcanzo yo también. ¡ Bueno! ¡ Salú, salú, compañero! (*Se vuelve, toma el sombrero y se dispone a irse.*)

MECHA.- (*Siguiéndole.*) ¿ Ve, Ramón, ve?... Así fue toda mi vida y la vida de mamá. ¡ El compañero! El compañero, que pone su garra negra y sangrienta entre la madre y el hijo, entre el hermano y la hermana, ¡ entre... usted y yo!

RAMÓN.- Y bueno, Mecha, ¿ qué quiere?... Esta es la lucha. Pero (*apartándola*), ya hablaremos luego. Voy y vuelvo.

MECHA.- No volverá. Ni usted ni Claudio volverán ya... Lo de siempre: el compañero, la huelga, la cárcel...

RAMÓN.- Después de todo, ¿ qué puede importarle a usted? De mí, digo. Si no me quiere...

MECHA.- (*Reaccionando, resuelta.*) ¡ Pero usted no irá! ¡ Tú no irás! (*Le cierra el paso.*)

RAMÓN.- ¿ Cómo?... (*Con asombro en que apunta su vanidad satisfecha.*)
No, Mecha, iré. Debo ir...

MECHA.- ¡ No irás, no! (*Lo abraza.*) Con veinte años de dolor te he ganado para mí. ¡ Eres mi vida, mi flor y mi canto! ¡ Cuánto te quiero! (*Lo besa, loca, riendo y llorando.*) ¿ Y te me van a llevar, te me van a arrebatarse?... ¡ No, no! ¡ No irás!

RAMÓN.- (*Ya tonto del todo.*) ¡ Oh, pero...sosiéguese!... ¡ Bueno, Mecha!

MECHA.- ¿ Verdad que no, que no irás?... ¿ Que eres mío, para mí?...

RAMÓN.- (*Echándose a muerto.*) Bueno, sí, ya estuvo, ¡ bah! ¡ No voy!
Pero, dejá, al menos, que me disculpe, mujer. (*Por sobre el hombro de ella, grita al foro.*) ¡ Será otra vez, compañero! Aura, ya me ve al gauchito: ¡ redotao! (*Baja los brazos, haciéndose el infeliz y sigue a Mecha, que lo arrastra.*) Y lo que es peor: ¡ redotao y alegre! ¡ Mecha!

(*Intenta besarla, cuando se oye a Claudio en el zaguán, invitando a Gabriel a pasar. Mecha hace mutis lateral izquierda.*)

CLAUDIO.- (*Entrando.*) Pasa, Gabriel, pasa. Aquí está Ramón, también.

RAMÓN.- (*A Gabriel.*) ¡ Oh, mi melenudo viejo! ¡ Avante!

GABRIEL.- ¿ Cómo te va, paisano?... (*Se dan las manos.*)

CLAUDIO.- (*A Gabriel.*) Acomódate por ahí. Siéntate. (*A Ramón.*) Llegué tarde. Han rodeado la manzana con un cordón de cosacos. Es imposible pasar. (*Se sienta contrariado.*)

RAMÓN.- Sí; ya sé; así dijo un compañero que vino hace un momento a buscarte.

CLAUDIO.- ¿ Cómo?... ¿ Vino otra vez?... Pero... (*pronto a estallar.*) ¿ Qué me quiere ese hombre?

RAMÓN.- ¡ Oh, que vayas! ¿ No sos del gremio?... Yo iba a ir...

GABRIEL.- (*Sacando el libro y estirando el brazo para hacer silencio.*) Che, che: ante todo, quiero leerles un verso de un poeta nuevo; es un poemita corto; pero van a ver qué vida, que fuerza de evocación; ¡ qué bárbaro! (*Ramón le mira sarcástico y Claudio estalla.*)

CLAUDIO.- ¡ Yo soy del gremio, ya sé! Pero debieran pensar que ayer llegué del presidio; que estoy cansado, vencido, roto. (*Se para.*) Y vienen aquí a buscarme; no esperan que vaya yo; ¡ vienen y vuelven e insisten! ¡ Oh! (*Dirigiéndose a la puerta, que cierra a golpes.*) ¡ Me obligarán a negarme, a tapiarme, a esconderme!

RAMÓN.- Y total: la culpa es de éste, si no pudiste llegar. (*Por Gabriel.*) ¿ Dónde lo hallaste?

GABRIEL.- ¿ Mía?... (*Asombrado.*)

CLAUDIO.- Iba también para allá...

RAMÓN.- ¿ E iba con ese melena que no pasa ni en el circo, pagando entrada? ¡ Córtese el pelo, amigo!

GABRIEL.- (*Se alisa el pelo y sonríe, tolerante.*) Bueno, déjate de cosas. Oigan, che...

CLAUDIO.- (*Volviendo a su silla.*) Tengo los nervios entregados al demonio. Es la cárcel, estos cinco años de encierro. Perdónenme.

GABRIEL.- (*Obsecuente.*) Y todavía no has dicho cómo te han tratado allá. ¿ Se ha de sufrir mucho, no?...

RAMÓN.- No, si es lindo; casi como un poemita de esos. (*Por los del libro.*)

CLAUDIO.- (*Mordiéndose ira de nuevo.*) No, en Ushuaia no se sufre. ¡ No se sufre! Desde que entras al presidio hasta que sales, un centinela te apunta con su fusil a la cabeza, a las espaldas o al pecho. De día y de noche, de pie y echado, sientes sobre tu vida la amenaza de ese fusilamiento. Y no se sufre. Eres un reo en su capilla, en una capilla eterna, que no acaba nunca, y cuya prolongación ni te aplasta ni te mata, sino que te vacía y te agota. Y no se sufre. Cual si la boca del máuser te sorbiera, poco a poco, la sensibilidad, el coraje y el recuerdo. ¿ Entiendes?... No va la muerte hacia

ti; al revés: tú entras en ella. El arma patria te extrae, te masca y te tiene, en su pico frío y oscuro, como a una carroña que puede arrojar cuando quiera. Y eres tú el que teme entonces dispararte, partir del caño, apretar el dedo sobre el gatillo... Y entre ese abismo y tu horror, todavía está el guardián. ¡ Sí! El guardián, que te grita, te zamarrea, te escupe. ¡ Ah!, es como si cayeras desde el cielo, con la sensación de estrellarte sobre la tierra, y en el aire, en el vacío, un segundo antes de la muerte, te sintieras maldecir, abofetear, profanar. (*Pausa.*) Y no se sufre... ¿ Sabes por qué?... Porque a poco de ingresar a aquel infierno, eres una bestia vil, inerme y cobarde: ¡ que tiembla, no más, que tiembla! Y ya no sufres... (*Parándose exaltado.*) Donde se sufre es aquí, en libertad, cuando te crees, te imaginas que eres hombre y ... (*A gritos.*)

RAMÓN.- (*Conteniéndolo*) ¡ Eh, hermano! ¡ Caray! ¡ Si gritaras menos, te oiríamos lo mismo, pues!

CLAUDIO.- (*Volviéndose a él, sombrío.*) Pero si gritara menos, no podría hacer callar mi conciencia, que también grita. Me grita que vaya allá (*señala la calle*), con mis compañeros. ¿ No entiendes?... ¿ O crees que es contigo, o con éste, o con el diablo con quien discuto? ¡ Es conmigo, es a mí a quien le estoy gritando!

RAMÓN.- ¡ Ah, bueno! Entonces, dale, no más. Metéle... Mientras yo me apunto a un mate de yerba fiera. (*Se dispone a cebárselo.*)

GABRIEL.- (*Metiendo en la coyuntura.*) Y yo te leo el poemita este...

RAMÓN.- (*Dejando el mate y volviéndose a él.*) Mirá, che: a vos te voy a contar un cuento, a ver si te convencés. Este era un zorro al que sacaron matando, de un gallinero, una cuadrilla de perros. Lo llevan campo afuera, errándole tarascones, cuando al pasar bajo un árbol en que dormía un payador, se llevó por delante su guitarra. La viola rodó cantando bajo sus patas, y el zorro, entre gambeta y gambeta, gritó en su idioma: ¡ Como pa músicas voy!...

GABRIEL.- (*Con asombro.*) ¡ Oh! ¿ Y qué me quieres decir?...

RAMÓN.- ¡ Que te dejés de milongas, aura! ¡ Que no estamos para versitos!

CLAUDIO.- (*Se vuelve a sentar, tranquilo ya, comunicativo.*) El caso es éste: vuelvo después de cinco años, enfermo, quebrado, histérico. Necesito de mi madre para curarme; ella precisa de mí para vivir. Prometo, juro, estoy dispuesto y resuelto. Y cuando me alzo, me desprendo de sus brazos para lanzarme a la senda nueva, del trabajo y de la paz... ustedes ven: el compañero, la huelga mi conciencia. Sobre todo esto: ¡ mi conciencia!

RAMÓN.- (*Fraternal, amorosamente.*) ¡ Pero, hermano! Empezá por convencerte que no sos imprescindible allí. Hay muchos que ocuparán tu lugar. Nadie, en justicia, podrá reprocharte nada. Si te salís de la gUella, te hacés a un lao pa vivir tu via, lo hallarían bien. (*Claudio le mira y él remarca.*) Sí, sí, hermanito: lo hallarían bien... Porque del caballo que uno quiere, hasta el relincho le parece lindo. Y a vos te quieren: lo hallarán lindo...

GABRIEL.- Cada cual vive lo suyo; va donde le llama su alma, su vocación. Date al trabajo, Claudio. Como yo al arte. Como éste...

RAMÓN.- (*Manoteando las greñas.*) ¡ Yo a las cerdeadas, che! (*Echa mano a la cintura y amaga a cortarle el pelo; el otro resiste bruscamente.*) ¡ Dejá, no te resistás!...

CLAUDIO.- (*Ensimismado, lejano, ausente.*) Sí, sí. Arte, trabajo, amor... Cualquier cosa que brote de una vida apasionad, es bella siempre; ya sé. Pero, ¡ ay!, muchachos. La belleza es poca cosa, para el que marcha tras la justicia. ¡ Con el pueblo, para el pueblo! Ése fue mi sueño. ¿ A qué engañarme, ahora?... Arte, trabajo, amor... (*Sacude la cabeza desolado.*) ¡ No, no! Dentro de mí, en mi conciencia, eso tiene un solo nombre: ¡ miedo a la lucha, miedo a la vida, miedo a todo!

(*Va a llorar, cuando aparecen María y Mecha; la madre siente en la entraña la crisis del hijo.*)

MARÍA.- ¡ Hijito! (*Va a él y le toma la cara.*) ¿ Qué tienes, Claudio?...

CLAUDIO.- (*Repuesto, sonriendo.*) Nada, nada. Hablaba con los amigos...

MARÍA.- ¡ Volviste prontito, eh! ¡ Gracias!

GABRIEL.- (*A Mecha.*) ¿ Cómo está, Mecha?... Feliz, con el retorno de Claudio, ¿ no?...

MECHA.- ¡ Imagínese! Y usted (*dándole la mano*) , ¿ cómo está, Gabriel?

RAMÓN.- Bien, muy bien de la voz. (*A Gabriel.*) Ahí tenés el candidato pa tus versitos. ¡ Desembucháte, perdiz! (*Quedan aparte.*)

CLAUDIO.- (*A María.*) Volví, sí. Ya ve, mamá...

MARÍA.- Gracias, hijito. Ya soy feliz. Creo en ti y estoy contenta.

CLAUDIO.- (*Toma el periódico y va a leer.*) ¡ Mi pobre vieja!

MARÍA.- No, no leas, ahora. Vamos a conversar... (*Le retira el periódico.*) ¿ Sabes?... Ramón le ha prometido a Mecha dejar también...

CLAUDIO.- (*A Ramón.*) ¡ Ah, sí! ¿ También tú, paisano?...

RAMÓN.- (*Se acerca, seguido de Mecha; Gabriel solo, pasea frente al balcón, leyendo.*) ¿ Qué, che?

MARÍA.- Gracias a usted lo mismo, Ramón. Por mí y por su pobre madre... ¡ Ah, muchachos, cabezas locas! (*Arregla cualquier cosa sobre la mesa.*) Ustedes no sabrán nunca lo que sufrimos nosotras con esas...

GABRIEL.- (*Deteniéndose, con alarma.*) ¡ Oigan! Parece que han salido del local los metalúrgicos. Vienen hacia aquí cantando. ¿ Oyen?...

(*El himno "Hijos del pueblo, te oprimen cadenas", empieza a llenar la escena, se cuela como un viento por las hendijas; todos escuchan.*)

CLAUDIO.- (*Enderezándose, poco a poco.*) ¿ Oye, mamá? "¡ Hijos del pueblo!" ¡ Cinco años que no lo oía! ¡ Lo cantan mis compañeros! ¿ Oye?...

MARÍA.- (*Abrazándole, aprisionándole.*) Sí, sí, oigo, hijito, sí. Pero serénate; queda quieto.

CLAUDIO.- (*Ya con la vida en la calle, resplandeciente.*) ¡ Abre el balcón, hermano! (*A Ramón.*) ¡ Que nos alumbre ese canto! ¡ Que nos bendiga! (*Ramón se mueve para ir.*)

MARÍA.- ¡ No! ¿ Para qué?

MECHA.- (Cortándole el paso.) ¡ No abra, Ramón !

RAMÓN.- ¡ Oh!, ¡ y por qué no, querida? Vamos a oírlo mejor; podremos verlos pasar también. (*La separa y va al balcón, cuando el clarín da su primer toque de alarma.*)

GABRIEL.- ¡ El clarín de los cosacos!

RAMÓN.- ¡ Caray! ¡ Se va a aguar la fiesta! ¿ Oyes, che, Claudio?... (*El himno vuelve.*) ¿ Qué hacemos?

MECHA.- (*Frente a él.*) ¡ Nada! ¿ Qué van a hacer?... ¡ Nada !

MARÍA.- Nada. ¡ Claro! ¡ Quedarse aquí! ¡ Esperar que pasen !

CLAUDIO.- Y el canto sube, no más; ¡ vuela, viene!... ¡ Hijos del pueblo! ¡ Qué triste y qué heroico! Parece un sol entre la tormenta.

(*Suena otra vez el clarín y simultáneamente se inicia el tiroteo: caballazos, gritos, rebotes de bala.*)

VOCES.- ¡ Adelante! ¡ Abajo ¡ ¡ Viva la huelga ¡ ¡ A la fábrica ¡ (*Y por arriba de todo, como una niebla cárdena, la canción.*) ¡ Hijos del pueblo, te oprimen cadenas!

CLAUDIO.- (*Repitiendo, moviéndose hacia la puerta.*) ¡ Hijos del pueblo, te oprimen cadenas! ¡ Vamos! ¡ Vamos!

RAMÓN.- ¡ Vamos!

MARÍA y MECHA.- ¡ No, no! ¡ Ramón! ¡ Claudio! ¡ Acuérdense! ¡ No! (*Los inmovilizan.*)

GABRIEL.- (*Arrojando el libro.*) ¡ No! ¡ Quédense ustedes! ¡ Voy yo! (*Se dirige a la puerta y mientras la abre, dice.*) Yo no tengo ni novia ni madre. ¡ Es a mí a quien llama el canto!... (*Va a salir, cuando llena la puerta el Compañero.*) ¡ Ah!, ¿ usted!... ¿ Venía a buscarme?... ¡ Ya iba yo! (*Desaparece.*)

COMPAÑERO.- (*Queda sobre la puerta, teniéndose tambaleante.*) ¡ Claudio! (*Con la voz rota.*)

CLAUDIO.- (*Reconociéndolo.*) ¡ Araujo! ¡ Viejo Araujo! (*Se deshace de su madre, corre a él y le recibe en brazos.*)

MARÍA.- ¡ El Compañero!

CLAUDIO.- (*Sosteniéndole, pues el otro se le cae.*) Pero, ¿ qué tienes, viejo? ¿ Estás herido?... (*El compañero dice con la cabeza "sí".*) ¿ Mal herido?...

(*Ramón Y Mecha se acercan y le ponen una silla, en que cae; María le sostiene.*)

¿ Tú eres el que ha venido a buscarme hoy tres veces?... (*El compañero, con la cabeza: "sí".*) ¡ Tres veces! ¿ A mí, a tu discípulo, al que enseñaste, junto con el oficio, el ideal?... ¡ Pobre viejo! (*Le besa la frente.*)

(*El Compañero, por sobre el grupo inclinado sobre él, levanta la mano y señala la calle, de donde viene, en trozos rotos, cada vez más lejano, el himno.*)

¡ Sí, sí! ¡ Hijos del pueblo! ¡ Oigo, sí, viejo! Comprendo. ¡ Ya voy! (*El Compañero dobla el cuello para morir; Claudio le toma la diestra.*) ¡ Y fué preciso que vinieras a golpear con tu mano ensangrentada mi corazón, para que al fin te oyera! ¡ Pero, ahora, voy !

MARÍA y MECHA.- (*Sosteniendo al moribundo.*) ¡ Pero, Claudio, Ramón! Este hombre se muere. ¡ Se muere!

CLAUDIO.- ¡ Ya voy! (*Saliendo.*) ¡ Ya voy! (*Desde la puerta, a Ramón, fríamente.*) ¿ Tú te quedas?

RAMÓN.- (*Siguiéndole.*) ¡ No! ¿ Por qué!... ¡ También soy hijo del pueblo yo!

(*Salen, y con ellos se va, se aleja, recula hasta apagarse el himno*)

Rodolfo González Pacheco

